

JUAN CRISTÓBAL CRUZ REVUELTAS
DENIS LACORNE

**UNA DEMOCRACIA FRÁGIL:
RELIGIÓN, LAICIDAD Y CLASES
SOCIALES EN LOS ESTADOS
UNIDOS**

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Universidad Salesiana, A. C. (Ciudad de México)

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2017

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRESENTACIÓN: ESTADOS UNIDOS Y LA MODERNIDAD, <i>por Tomás Pérez Vejo</i>	9
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. RELIGIÓN Y SECULARIZACIÓN EN EL SIGLO XXI...	15
CAPÍTULO II. POLÍTICA Y RELIGIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS. ENTREVISTA A DENIS LACORNE	33
CAPÍTULO III. LOS SIGNOS RELIGIOSOS EN EL ESPACIO PÚBLICO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA.....	47
CAPÍTULO IV. OBAMA CONTRA ROMNEY: DOS VERSIONES DEL SUEÑO AMERICANO	61
CAPÍTULO V. ROMNEY, EL ÚLTIMO DISCÍPULO DE SAMUEL HUNTINGTON, O LA MUERTE DEL «CREDO AMERICANO»	75
CAPÍTULO VI. EN LOS ORÍGENES DEL MULTICULTURALISMO AMERICANO ¿ <i>PLURALISMO</i> O KULTUR KLUX KLAN?	85
CAPÍTULO VII. LA MIGRACIÓN MEXICANA Y LAS ELECCIONES DEL 2016 EN LOS ESTADOS UNIDOS. ENTREVISTA CON DENIS LACORNE.....	103
CAPÍTULO VIII. LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES AMERICANAS: EL GRAN VUELCO.....	109

PRESENTACIÓN

ESTADOS UNIDOS Y LA MODERNIDAD

Tomás PÉREZ VEJO

El papel de los Estados Unidos en el nacimiento de lo que a falta de un término más preciso podemos denominar modernidad occidental resulta complejo y contradictorio, en particular respecto a lo que esta tiene de proceso de laicización social. Si, por un lado, no parece fácil discutir el papel pionero de la revolución de 1775, la primera de las grandes revoluciones atlánticas en afirmar una ruptura radical con la legitimidad dinástico-religiosa hegemónica hasta ese momento y su sustitución por otra carente de cualquier apelación a lo sagrado; por otro, la continua presencia de lo religioso en la vida pública norteamericana, desde el «En Dios Confiamos» (*In God We Trust*) de los billetes de dólar al «Dios bendiga a los Estados Unidos de América» (*God bless the United States of América*) con el que todos los presidentes norteamericanos, sin excepción, acostumbran a finalizar sus discursos a la nación, no dejan de generar una sorprendida perplejidad en observadores provenientes de otros países, particularmente europeos, donde ese tipo de expresiones hace tiempo que han desaparecido de la vida pública.

Persistencia de expresiones religiosas que plantea problemas sobre el lugar de la religión en una modernidad para la que el proceso de laicización ilustrado parecería haber sido una de sus señas de identidad más persistentes y reconocibles. El progresivo e imparable desencantamiento del mundo del que hablaba Max Weber. Estamos hablando de unos Estados Unidos que representarían mejor que ningún otro país del mundo el triunfo de esa modernidad. Por su carácter precursor, la revolución de 1775, como punto de partida del proceso de demolición del Antiguo Régimen y de sus estructuras económico-socio-culturales que está en el origen del nacimiento del mundo contemporáneo; pero, también, porque

posiblemente sea la sociedad donde esta ruptura fue más radical y completa, tanto que la afirmación de que es un país sin historia, a pesar del absurdo lógico que una afirmación de este tipo supone, se ha convertido en casi un lugar común.

La primera pregunta, obvia, sería si la laicización social forma parte imprescindible del ADN de los procesos de modernización, tal como el caso europeo parecería mostrar y el norteamericano negar. Un debate no precisamente sencillo ya que a pesar de la visibilidad de hechos como los que se acaba de hacer referencia, la historia de la laicismo en Estados Unidos tiene también una larga trayectoria, tan larga, al menos, como la europea, es posible que incluso más. El art. 6 de la Constitución de 1787 y su «no se pedirá nunca ninguna prueba o requisito religioso para acceder a cualquier oficina o dependencia pública dependiente de los Estados Unidos» deja pocas dudas al respecto. Y por si acaso las había, la introducción de la Primera Enmienda, 1791, con su afirmación de que «el Congreso no hará ley alguna respecto a la adopción de una religión», con el objetivo según uno de sus promotores, el presidente Jefferson, de construir «un muro de separación entre la Iglesia y el Estado», las despeja por completo.

No solo tiene una larga trayectoria sino que esta voluntad «separacionista» ha seguido vigente hasta nuestros días, tal como muestran las sucesivas sentencias de la Corte Suprema prohibiendo el rezo de oraciones en las escuelas públicas y el financiamiento público de las escuelas confesionales o con enrevesadas sentencias respecto a la presencia de símbolos religiosos en los espacios públicos. Expresión en muchos casos de un laicismo y una voluntad de separación Iglesia-Estado muy radical y extremadamente militante. Afirmaciones como la del presidente Jimmy Carter de que rezaba veinticuatro horas al día, aparentemente más cercanas a las teocracias religiosas del Golfo que a la desacralizada vida política europea, tiene su contraparte en estas sentencias de la Corte Suprema en contra de la presencia en espacios públicos de símbolos religiosos como nacimientos, tablas de la ley o cruces, de un radicalismo laicista muy superior al de cualquiera de las sociedades europeas.

El objetivo de los autores de este libro, Juan Cristóbal Cruz Revueltas y Denis Lacorne, no es en todo caso resolver esta pregunta digamos de tipo general sino, tal como el título anuncia de manera precisa, analizar el debate sobre las relaciones entre Estado y Religión en Estados Unidos, mucho más rico y matizado de lo que una aproximación superficial puede hacer suponer. A esto dedican, los dos primeros capítulos, «Influencia y límites de la religión en el espacio público de los Estados Unidos» y «Política y religión en los Estados Unidos». El debate, sin embargo, tiene tal

riqueza de matices y derivas que acaba involucrando aspectos que van mucho más allá de los que el título enuncia.

Algunos de tipo histórico, como el que tiene que ver con el relato de nación sobre el ser de los Estados Unidos, una nación hija de los ideales ilustrados de los Padres Fundadores o de los religiosos de los Padres Peregrinos, tal como el influyente Bancroft se encargaría de difundir a partir de la tercera década del siglo XIX en clara oposición al relato ilustrado anterior. Polémicas historiográficas que, como todas las que tienen que ver con el pasado, van mucho más allá de un asunto de erudición académica. Si una nación es la fe en un relato las características de este relato se convierten, necesariamente, en uno de los ejes de su vida política. Como ocurre casi siempre en las polémicas históricas, de lo que se está hablando es del presente tanto como del pasado y los argumentos de fondo sobre el origen, y el ser, de los Estados Unidos son los que veremos reaparecer como alargadas sombras, más o menos elaborados, desde los escritos de Samuel Huntington a las propuesta políticas del *Tea Party* o las aparentemente incoherentes peroratas de Donald Trump. Rupturas y continuidades puestas de manifiesto en el capítulo «Romney, el último discípulo de Samuel Huntington, o la muerte del “Credo americano”». Como en una religión, en una nación también se cree, más en una que hasta parece tener su propio credo.

Más análisis políticos y de actualidad, como aquellos en los que se disecciona la complejidad de las sentencias de la Corte Suprema, «Los signos religiosos en el espacio público de los Estados Unidos de Norteamérica»; los cambios en el mapa electoral norteamericano; los cambios en la estructura demográfica de los Estados Unidos y sus repercusiones políticas, «La emigración mexicana y las elecciones del 2016 en los Estados Unidos»; una fascinante comparación entre las campañas de Obama y Romney, expresión de dos formas enfrentadas de entender el sueño americano, «Obama contra Romney: Dos versiones del sueño americano»; o los debates en torno a la multiculturalidad, «En los orígenes del multiculturalismo americano ¿*Pluralismo* o Kultur Klux Klan». Un problema este último no solo norteamericano sino que afecta también a las sociedades europeas y que exige urgentemente reflexionar sobre él. Ninguno de los Estados-nación europeos, solos o como parte de la Unión Europea, será ya nunca las sociedades blancas, cristianas y homogéneas culturalmente que el nacionalismo decimonónico imaginó e intentó construir.

Un excelente resumen, en definitiva, de algunas de las claves de la vida política de los Estados Unidos, no en sus aspectos más superficiales sino en los que tienen que ver con las grandes corrientes de fondo, una vida política en la que todos, de una u otra forma, estamos involucrados.

INTRODUCCIÓN

Los textos que se presentan a continuación giran en torno a los estudios que Denis Lacorne ha dedicado a la historia y a la vida política de los Estados Unidos. Al mismo tiempo alumno de dos famosas escuelas, una francesa y otra americana, Science-Po en Francia, y Yale en Estados Unidos, Lacorne se sitúa en la línea de Michel-Guillaume Jean de Crèvecoeur y de Alexis de Tocqueville, es decir, prolonga una añeja tradición de más de doscientos años de pensadores franceses que han observado y estudiado de manera erudita, detallada y apasionada la experiencia política americana. No extraña esta fascinación. A pesar del resultado de las elecciones del 2016 que dieron un triunfo sorpresivo a un candidato de estilo populista dispuesto a hacer uso del peor repertorio de las «pasiones tristes» (Baruch Spinoza), la historia de los Estados Unidos sigue siendo una experiencia política particularmente atractiva, una suerte de laboratorio de los problemas y soluciones de la democracia moderna como régimen político y como tipo de sociedad. Como el lector podrá constatar, Lacorne estudia y discute con particular lucidez temas centrales como la religión en el espacio público y la laicidad, el multiculturalismo, la igualdad y la no discriminación, y las narraciones nacionales o los tipos de legitimidad que se afrontan en la arena pública, en particular, durante las campañas electorales ¿Por qué la relevancia de estos temas? ¿Cuál es el interrogación en el trasfondo? Si se quisiera resumir a un solo problema, se podría decir que el desafío que enfrentan las sociedades contemporáneas, sobre todo en la época de la globalización, es el de cómo mantener el vínculo social una vez que se ha dejado atrás el consenso (opresivo) de la tradición y se ha vuelto insostenible el consenso sustentado en la existencia de una religión dominante en el que, en el mejor de los casos, las minorías y los individuos «excéntricos» son «tolerados» o «protegidos» por la mayoría (a costa de impuestos, cargas y limitaciones especiales). Para dar un ejemplo de este último caso, se puede pensar en formas de tolerancia tradicional como la «*dhimmi*», es decir, la protección debida a los pueblos del Libro en el mundo musulmán histórico. Si bien es una protección (frente a la

mayoría), ella es fácilmente quebrantada e implica a fin de cuentas un estatus de inferioridad¹. A diferencia de este mundo tradicional en que las minorías están en riesgo en todo momento de ser excluidas de la comunidad, la sociedad moderna debe medirse por el equilibrio entre el *unum* y el *pluribus*, entre la unidad y la pluralidad, entre la cohesión cívica y los derechos de las minorías políticas, todo con el fin de lograr un sistema de coexistencia pacífica compatible con la libertad de conciencia de cada individuo y con la libertad de ejercicio de la religión en el espacio público. El presente libro se propone brindar una luz a estos debates. Ahora bien, valga anotar que si bien el triunfo electoral de Donald Trump parece encontrarse en contradicción con las tendencias políticas y demográficas que se antojaban evidentes en 2012, tal y como son tratadas en los últimos capítulos (aunque no hay que olvidar que Trump perdió el voto popular por una diferencia de 2.868.691 votos), hemos optado por mantener el análisis original por dos razones. En primer lugar, con el fin de que el lector tenga una visión cabal de la evolución del debate. En segundo lugar, pero no menos importante, porque la confrontación de 2012 entre dos Américas, una América abierta, sensible a los derechos de las minorías y heredera de la tradición de la Ilustración, y otra América cerrada al mundo, de corte romántico y neopuritano, indiferente a los problemas ecológicos, enemiga de la ciencia y del conocimiento, adepta de las teorías de la conspiración (incluso a las de tono apocalíptico), fue otro capítulo de un conflicto recurrente en la historia de los Estados Unidos y que, por lo demás, sigue vigente en nuestros días, tal y como lo muestra precisamente la elección de Trump, este verdadero «atentado a la Ilustración» (según el calificativo del joven filósofo Markus Gabriel)². Respecto a los contenidos de la obra, el Capítulo I es de la autoría de Juan Cristóbal Cruz, los demás son textos de entrevistas hechas por Cruz a Denis Lacorne o textos del mismo Lacorne.

¹ Jacques ELLUL, *El islamismo y el judeocristianismo*, Madrid, Katz, 2008.

² Ali BADDOU entrevista con Markus GABRIEL, «Si google anticipe pour moi, cela ne veut pas dire qu'il choisit pour moi», 10 de febrero de 2017. Recuperado en <https://www.franceinter.fr/emissions/l-invite-d-ali-baddou/l-invite-d-ali-baddou-10-fevrier-2017>.

CAPÍTULO I

RELIGIÓN Y SECULARIZACIÓN EN EL SIGLO XXI

A más de cinco lustros del desmoronamiento de la utopía comunista, seguimos añorando —a excepción de algunos exaltados— la pacífica conclusión de la historia que nos prometiera Francis Fukuyama. Como sabemos, sucedió todo lo contrario. Luego del anuncio del pensador americano, del desván de la historia no han cesado de salir antiguas pasiones y viejos demonios. Entre ellos resalta la cuestión de la presencia de la religión¹ en la esfera pública y la reactivación, incluso en el seno de las sociedades democráticas, de diversas formas de integrista (en particular islámico, judío y evangelista)². No solo sorprende el acelerado avance del protestantismo en

¹ La noción de «religión» es tan amplia o tan francamente vaga que algunos grandes especialistas del tema, como Mircea ELIADE, han renunciado a definir el objeto de su disciplina. Régis DEBRAY observa que hay todo tipo de religiones: las hay sin Iglesia, otras sin sacerdotes, así como las hay incluso sin dios (el budismo) y sin práctica ni creencia (como suele suceder hoy en día en Occidente). Vid. Régis DEBRAY, *Les communions humaines, Pour en finir avec «la religion»*, France, Fayard, 2005. En otras palabras, la noción de «religión» constituye menos un concepto que, como diría Ludwig WITTGENSTEIN, un parecido de familia.

² La reaparición del fervor religioso después de periodos de amplia tolerancia intelectual es un hecho recurrente, aunque no inevitable, en la historia de Occidente: ante la libertad y amplia circulación de saberes en la Grecia de la época clásica, PLATÓN reacciona pidiendo, y el cristianismo tras de él, la exclusión de los «librepensadores» atomistas o sofistas; al Renacimiento le sigue la replica de la Reforma y de la Contrarreforma. Durante el siglo XIX, en los mismo días que Charles DARWIN prepara su teoría, P. J. PROUDHON percibe claramente en MARX —al grado que se lo advierte— la sombra de un nuevo LUTERO que busca establecer una nueva religión (carta de PROUDHON a MARX, Lyon, 17 de mayo de 1846). A finales del mismo siglo, NIETZSCHE ve bien en WAGNER el síntoma de una reaparición del nacionalismo y del espíritu religioso. Efectivamente, las grandes religiones seculares del siglo XX serán el marxismo y el nacionalismo. En una visión más amplia de la historia, podemos interpretar la obra del gran pensador árabe Ibn JALDÚN (escrita en torno a 1377) bajo esta óptica: el conjunto de la historia como una constante oscilación entre el auge de un cierto individualismo urbano y el subsiguiente hundimiento en visiones que privilegian a grupos con un fuerte sentimiento de pertenencia colectiva (de tipo religioso) provenientes de las periferias no urbanas.

regiones enteras como América Latina³, sino también el incremento espectacular de la violencia debida al fanatismo religioso, al menos, en Occidente, desde la *fatwa* contra Salman Rusdhie del 14 de febrero de 1989. Todo ello a un grado tal que pareciera hacernos olvidar que uno de los rasgos distintivos del mundo moderno (al menos en Occidente) ha sido la progresiva emancipación de lo político de toda referencia a un supuesto orden natural o divino anterior o superior al hombre. Transformación que cuenta entre sus orígenes el Edicto de Nantes de 1598 y luego el Tratado de Westfalia de 1648, los mismos que no solo pusieron fin a las terribles guerras de religión que sacudieron durante ciento setenta y tres años a Europa, sino que también marcaron en los hechos el debilitamiento del orden simbólico que hasta entonces había jugado el papel de fundamento del poder político. El antiguo lema «*Omnia Potestas a Deo*» («todo poder viene de Dios») se convertía, a partir de entonces (en Occidente), en resabio de épocas pasadas.

Lejos de quienes defienden que es solo gracias al cristianismo que es posible una salida de lo religioso⁴, se puede sostener que la secularización moderna no ha sido sino un capítulo más de una larga tradición histórica e intelectual que ya había abonado abundantemente el terreno. En la Antigüedad un gran filósofo como Protágoras podía afirmar abiertamente que «sobre los dioses no puedo saber si existen o no; hay muchas dificultades para saberlo con seguridad; el asunto es oscuro y la vida corta»⁵. Es bien sabido también que cuando los griegos fundaban una nueva ciudad, lo primero que hacían era delimitar el espacio sagrado, es decir, se le separaba de aquel de los hombres⁶. De la misma forma, en la Roma antigua se circunscribía lo religioso en el seno del Estado. Esta limitación del ámbito de lo divino se prolonga en el cristianismo con la separación entre lo temporal y lo espiritual, con la distinción entre el dominio terrenal del Emperador y el espiritual del Papa. Durante el Renacimiento, autores como Maquiavelo, que han leído con fervor a un pensador atomista como Lucrecio y se han entusiasmado con la libertad de tono de un Lucio Apuleyo, piensan el fundamento de la política con una asombrosa y total independencia de lo religioso⁷. Valga resaltar que

³ En 1970 el 92 por 100 de los adultos en América Latina eran de confesión católica, esa cifra bajó en 2014 a 69 por 100, en ese periodo la población protestante pasó de 4 por 100 a 19 por 100 de la población total [*The Economist* del 15 de noviembre de 2014 (basado en un estudio del *Pew Research Centre*)].

⁴ Las raíces de este tipo de teorías se pueden encontrar en el filósofo americano William JAMES, así como en el filósofo y jurista alemán Carl SCHMITT. Hoy en día es un tema retomado el filósofo francés Marcel GAUCHET y en el filósofo canadiense Charles TAYLOR.

⁵ EUSEBIO, *Préparation évangélique*, XIV,III,7.

⁶ Jean-Pierre VERNANT, *Les origines de la pensée grecque*, Paris, PUF, 1962, p. 51.

⁷ El Renacimiento es quizás un periodo intelectualmente confuso (que oscila entre corrientes tales como el humanismo, el neoplatonismo e incluso el pensamiento mágico), pero es de notar que ya en el pensamiento realista de MAQUIAVELO no se hace referencia alguna

con el advenimiento de la Modernidad no solo la Política (Maquiavelo) y el Derecho (Hobbes) se emancipan de la religión, sino también la Economía hace del interés individual su fundamento (algo poco cristiano y religioso), en tanto que Galileo desvincula la Física del texto bíblico, como lo hará a su vez Darwin en lo que se refiere a la Biología. De aquí que en el siglo XIX —el siglo de la Primera Revolución industrial y de Charles Darwin— figuras como Ludwig Feuerbach, Max Stirner, Karl Marx, Ernest Renan o Friedrich Nietzsche piensen que la religión desaparecerá como en otra época desapareció el paganismo en Occidente. No extraña que a principios del siglo XX, Max Weber identifique francamente a la Modernidad con un proceso general de «desencantamiento» y de «salida de lo religioso».

En fin, a pesar de la mencionada «revancha de Dios» (anunciada por Gilles Kepel desde 1991) y la reactivación en las últimas décadas de diversos fundamentalismos, que por lo demás bien pueden entenderse como una reacción a la misma Modernidad⁸, es posible defender que la «vieja» teoría social sigue vigente en los hechos para las sociedades democráticas (y no solo las europeas): el proceso de secularización y la complejidad funcional propia de las sociedades modernas, han disminuido constantemente el peso institucional y social de la religión. La modernización, diría Max Weber, implica la ruptura con una visión (religiosa) unitaria y conlleva la fragmentación de la cultura en las diferentes esferas de valor: la ciencia y la técnica, el arte y la literatura, el Derecho y la moral. En efecto, durante los dos últimos siglos, incluso en países con una rancia tradición religiosa, como Irlanda o España, ha decaído fuertemente el peso de la Iglesia y el número de creyentes⁹. Para hacer políticamente efectivo el llamado «regreso de la religión», tan enarbolado en nuestros días, si con ello se refiere a lo que significaba en otras épocas, ello solo sería verdaderamente

a un orden teológico, para el florentino la religión es un puro instrumento del ejercicio del poder. El resurgimiento del epicureísmo en aquellos días (recuérdese que en su juventud MAQUIAVELO tradujo a LUCRECIO) hace plausible la difusión en aquel entonces de posiciones «ateas».

⁸ Así para un especialista de la talla de Ernest GELLNER el fundamentalismo en el caso del Islam es menos un regreso a una interpretación literal que una forma (peculiar si no anómala) de modernización (Ernest GELLNER, *Condiciones de la libertad*, España, Paidós, 1996). Una tesis análoga es defendida más recientemente por Olivier ROY: a diferencias de las religiones tradicionales, los fundamentalismos contemporáneos son formas «religiosas» propias de la época de la globalización. Ellas están desvinculadas de un trasfondo cultural, sus adeptos pueden provenir de cualquier país y de cualquier cultura. Esto explica que los principios defendidos suelen reducirse a un mínimo y sean fácilmente traducibles a cualquier lenguaje (Olivier ROY, *La sainte ignorance, Le temps de la religion sans culture*, France, Seuil, 2008).

⁹ En el país que otrora conquistara en nombre del catolicismo un territorio que va desde México hasta Argentina, hoy en día el 24 por 100 de la población se declara abiertamente no creyente o atea. Eurobarómetro 2005.

posible bajo la condición de una teocracia oscurantista de corte totalitario capaz de aislar a un país o a una región del resto del mundo y controlar a su población en todos los aspectos de la vida cotidiana¹⁰. No es imposible, pero el precio a pagar se antoja sumamente costoso. Sin embargo, lo que nos interesará aquí es el hecho que en el mundo occidental ha persistido por mucho tiempo una experiencia que se antoja más compleja o parece muchas veces una franca excepción al proceso de secularización: los Estados Unidos de América.

INFLUENCIA Y LÍMITES DE LA RELIGIÓN EN EL ESPACIO PÚBLICO DE LOS ESTADOS UNIDOS

«Por cada indicador, nos dice Samuel P. Huntington, los americanos son por mucho los más religiosos entre los pueblos de los países industrializados»¹¹. En efecto, paradójicamente los Estados Unidos, el país en el que surge la primera experiencia política moderna institucional, no solo aparece como una excepción al proceso de secularización visto desde Europa, sino también si se le observa desde América Latina. Al contrario de lo que sucede en el resto de Occidente, durante sus doscientos cuarenta años de existencia, los observadores han constatado que la religión no es un obstáculo a la democracia en el caso americano; antes bien, se puede ver en ella el sustento mismo de las instituciones políticas modernas. Desde Voltaire en el siglo XVIII, hasta Alexis de Tocqueville en el XIX, los observadores externos siempre se han sorprendido por el peso de la religión en la democracia americana. Si bien los puritanos estadounidense del siglo XVIII encarnan para Voltaire y los enciclopedistas la imagen misma del arcaísmo religioso y del fanatismo; en su tratado de la *Tolerancia* el mismo Voltaire ve en los cuáqueros de Norteamérica todo lo contrario: una religión deísta, pacifista y tolerante. Una religión sin sacerdotes y, por tanto, compatible con la Ilustración. Por su parte, contra Voltaire y a manera de reacción frente a los excesos de la Revolución francesa en la que política y religión se enfrascan en un conflicto mortal, Tocqueville rehabilita a los puritanos al ver en este tipo de religiosidad americana la vía de conjugación del espíritu religioso y del compromiso político. Es de notar que lejos del principio de libre examen defendido por la Ilustración

¹⁰ Si bien es cierto que el mundo musulmán ha sufrido en las últimas décadas una ola de islamismo, es posible constatar un deseo de secularización que afloró en la llamada «primavera árabe» y en la actual evolución social y cultural, a veces «subterránea», de países como Túnez o incluso del mismo Irán. Por lo demás, muchos indicios sugieren el fracaso del «Islam político» (el mismo Olivier ROY ha insistido en esta tesis).

¹¹ Samuel HUNTINGTON, *Who are we? America's Great Debate*, London, The Free Press Politics, 2005, p. 20.

(Kant), que es contrario a todo principio de autoridad, Tocqueville cree que un cierto grado de religiosidad es necesaria a la libertad política: «Si no hay fe, nos dice Tocqueville, se debe servir, y si se es libre, que crea»¹². Así, de acuerdo a Tocqueville, los Estados Unidos demostrarían que una base dogmática y ciertas formas de mediación (simbólica) son necesarias para la democracia. Este tipo de lecturas siguen siendo frecuentes en nuestros días. Así el ensayista Jean-Pierre Colisimo afirma:

Oponer una América democrática a una América religiosa no tiene ningún sentido [...]. Desde el inicio, no hay competencia, sino coincidencia. Y en un poco más de dos siglos esta interpenetración ha terminado por alcanzar una forma estable: los Estados Unidos son el único país en el que el fundamentalismo ha tenido éxito al fundirse con la ideología democrática, ha ello de ella una creencia¹³.

La presencia de lo religioso a lo largo de la historia política americana se antoja efectivamente un hecho indudable y constante. No solo un objeto simbólico tan importante como el dólar ostenta la divisa «*In God We Trust*» («En Dios confiamos»), sino que usualmente los presidentes americanos, incluyendo Obama, terminan sus discursos con un «*God bless the United States of America*» («Dios bendiga a los Estados Unidos de América»). Esta recurrencia le permite al sociólogo Robert Bellah subrayar el hecho de que la presencia de lo religioso se encuentra: «Casi invariablemente, en todo pronunciamiento solemne de cualquier presidente americano»¹⁴. La frecuente aparición de lo religioso en el vocabulario de los políticos hace que no sorprenda que un presidente como Jimmy Carter se pudiera jactar de rezar 24 veces al día¹⁵. Dado su peso, muchas veces la religión ha sido usada oportunistamente para legitimar el uso de la fuerza y ocultar los verdaderos intereses mercantilistas en la política exterior. Así lo hace patente la anécdota del presidente McKinley cuando, al recibir a una delegación de eclesiásticos episcopistas, narra cómo había decidido que los Estados Unidos comenzaran la campaña militar en Filipinas. Valga recordar el relato tal y como se dice que fue: McKinley cuenta que luego de horas de rezo solitario se da cuenta que es necesario (refiriéndose al pueblo de Filipinas): «Levantarlo, civilizarlo y cristianizarlo, y por la gracias de Dios hacer por ellos lo mejor posible, puesto que son nues-

¹² Alexis TOCQUEVILLE, *De la Démocratie en Amérique*, Paris, Gallimard, 1961, p. 39.

¹³ Jean-Pierre COLISIMO, «L'Amérique imaginaire», *Le Figaro*, Paris, 8 de octubre de 2004.

¹⁴ Robert BELLAH, «Religión civil en América», en D. BELL, R. BELLAH, M. WALZER y KOSELLECK, *Las contradicciones culturales de la Modernidad*, España, Anthropos, 2007, p. 116.

¹⁵ Denis LACORNE, *De la Religion en Amérique, Essais d'histoire politique*, Paris, 2007, p. 182.

tros semejantes por quienes también Cristo murió». Y concluye: «Luego me acosté, me dormí, y mi sueño fue tranquilo y sin interrupción»¹⁶. Ahora bien, en realidad la justificación de Mckinley era retórica, pues, como efecto de tres siglos de labor misionera, una parte significativa de los filipinos ya era cristiana; también era oportunista puesto que buscaba halagar al auditorio que lo escucha¹⁷. Pero el relato permite constatar la importancia, aunque fuera de tipo oportunista e instrumental, conferida a la religión. Como ejemplo más reciente, podemos recordar que durante su campaña como candidato a la presidencia George W. Bush declaraba públicamente y sin ruborizarse «Dios quiere que yo sea presidente»¹⁸. Más aún, la religión está presente también en presidentes que se pensaría «laicos» como John F. Kennedy o William Clinton. Este último hacía constante gala de actos de arrepentimiento ante ministros de culto luego del caso Lewinsky. Salvo en el caso que se discutirá más adelante, el del candidato Donald Trump, no extraña que el moralismo puritano de las élites americanas reaparezca en cada elección y que la consecuyente retórica maniquea de la lucha del Bien contra el Mal no sea un recurso insólito entre sus dirigentes. Un ejemplo relevante a este respecto sucede durante la crisis de los misiles de 1962, cuando algunos interlocutores del más alto rango del Estado americano no dudan en alentar a Kennedy a que desencadene la guerra (que muy probablemente sería nuclear) y así asumir, con marcado tono apocalíptico, el destino¹⁹.

A lo anterior se puede agregar que lejos de la gran y violenta crítica contra la religión de la Europa del siglo XIX (Feuerbach, Stirner, Marx, Nietzsche) e incluso del siglo XX (Freud, Sartre, Onfray), es muy frecuente la figura del intelectual americano que —como Ralph Waldo Emerson, Charles S. Pierce, William James y hasta en nuestros días una personalidad tan influyente como Martha Nussbaum— ostenta abiertamente

¹⁶ Arthur GOLDHAMMER, *In god they trust* (27 de noviembre de 2007), recuperado el 23 de octubre de 2016 de http://nonfiction.fr/article-324in_got_they_trust.htm, 2013. Es de notar que el número de bajas causadas por la invasión de Filipinas, «conforme al mensaje divino», sigue sujeto a discusión pero, en cualquier caso, fue extremadamente elevado: algunos alegan que fueron decenas de miles, mientras que otros defienden que fueron cientos de miles, «quizás 600.000» defiende un historiador cercano a Noam CHOMSKY, Howard ZINN. Howard ZINN, *La mentalité américaine, au-delà de Barack Obama*, Canada, Lux, 2008. p. 22.

¹⁷ Respecto a este uso retórico de la religión en asuntos internacionales, *vid.* Denis LACORNE, «Quelle place faut-il accorder à la religion dans la conduite de la politique étrangère des États-Unis?», en *Critique Internationale*, núm. 49, octubre-diciembre, Paris, 2010.

¹⁸ LACORNE, *op. cit.*, p. 189.

¹⁹ Un testimonio directo de la atmósfera de la crisis en torno a Cuba se puede encontrar en la biografía del presidente escrita por su célebre asesor, Ted SORENSEN. *Vid.* Theodore C. SORENSEN, *Kennedy*, t. II, España, 1966, pp. 1016-1017.